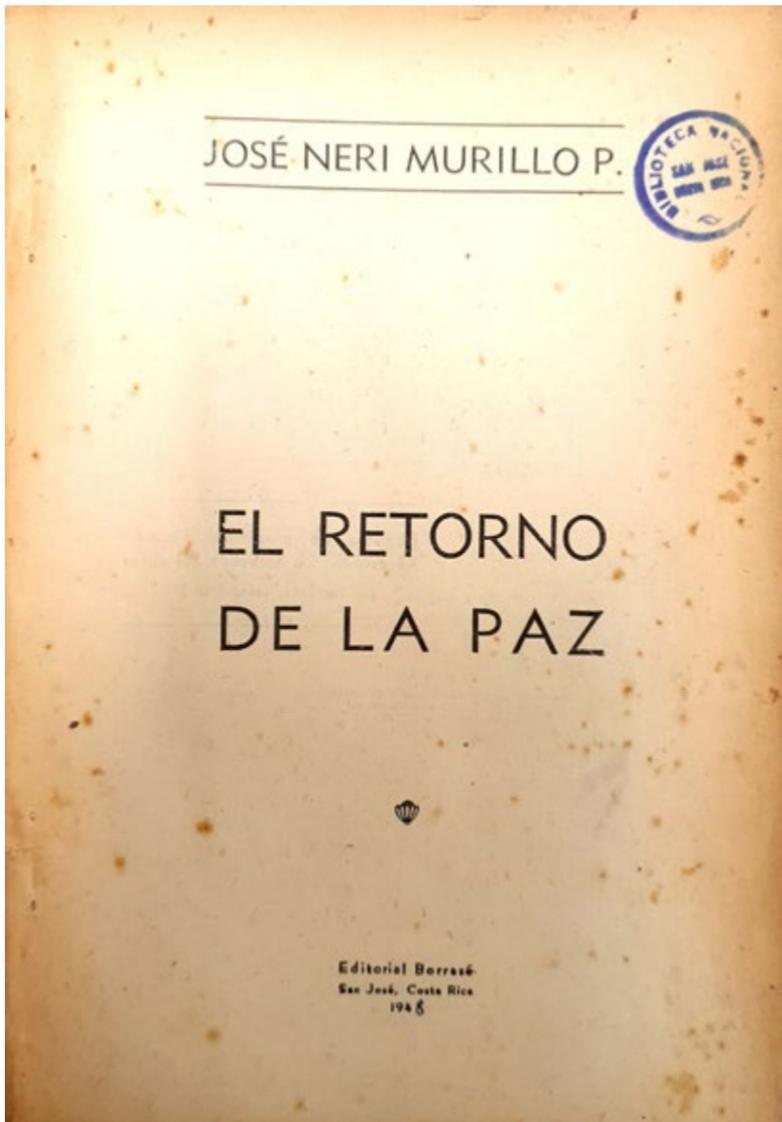


24 El Retorno de la Paz

José Neri Murillo



Termino, en este momento, lectura de la novela que con el nombre de El retorno de la paz, que publicó recientemente el joven escritor de Alajuela, José Neri Murillo.

En mi mente se despiertan las imágenes bellas de uno y de otro de los inteligentes jóvenes de Platón. Se reúnen como siempre para discutir. El tema es, naturalmente el de la paz.

¿Es posible la existencia de una paz universal eterna? Nace, inmediatamente, la primera aporía. Surge la dificultad inicial. Los obliga a abandonar el tema primitivo.

¿Qué es la paz? Se preguntan ahora. Siguen el intercambio de opiniones. Ha de conducirlos, a la manera socrática, hacia la certeza. Una nueva dificultad se presenta.

¿Es la paz un valor fundamental como el bien como lo bello como la misma Sabiduría? ¿Es un pseudo-valor dependiente de las condiciones humanas, como la Retórica, como la Rapsodia, como el Amor mismo?

De imagen en imagen saltan los pensamientos. Se concretan en hipótesis. De estas nacen las definiciones que se establecen, cada una a su manera.

¿Es posible la paz entre los hombres? La pregunta aparece como sin quererlo. Alguno afirma que la paz es belleza. Todo lo Bello es posible. No solo es posible sino también necesario.

Otro repite la misma idea con otras palabras más líricas. Por lo tanto, más humanas la paz es belleza y bondad. Exclama enseguida: ¡Qué bello es transformar la tristeza en alegría!

Al joven que así se expresa lo llaman el filósofo loco. A sí mismo, se señala como un doctor en melancolía.

Otro, menos idealista, refuta. Afirma lo que dices, es no conocer la vida. Es no comprender a los hombres. Porque el dolor es necesario. El dolor purifica, redime. Si la guerra nos trae dolor, la paz no debe existir.

Poco a poco va apareciendo la esencia misma de la paz. Para los unos, como para el último en hablar, es un auténtico y verdadero anti-valor. Otros le reconocen la categoría de pseudo valor. Los menos la exaltan hasta las cumbres que se mueven los valores fundamentales de la vida.

El autor de esta interesante novela pertenece al grupo de los menos. Cree que el rumor de la vida se sienta interrumpido por las ambiciones humanas que son anti-valores.

La mano que hiere es porque está herida. Hermoso pensamiento que se completa aconsejando curarla con amor. La mala sombra de la guerra entre los hombres ha de ser vencida por el más profundo de los amores. El que no ambiciona otra cosa sino amar. Ni siquiera exige la recompensa de ser amado.

Del libro que analizo se desprende el embrujo poderoso de la paz. Al concluir su lectura, queda en el espíritu un entusiasmo evocador. La lección de toda la novela puede ser concretada fácilmente. Una de las mejores maneras -si no la mejor de predicar la paz, es encontrarla en sí mismo.

Por eso, Yolanda, la virgen de las rosas, la santa del amor aparece embellecida por el sortilegio de una a realmente femenina.

No quiere rememorar el pasado. De él acepta el recuerdo solo de los instantes de dulzura. No permite que vuelvan a aflorar, en su conciencia, las inquietudes y los desconsuelos.

Carlos, el amado entre los amados, también conoce la necesidad de saturar, constantemente, el propio espíritu de profunda quietud. Sabe que no en vano se turban las serenas meditaciones de las aguas y las almas.

Es cierto, al principio, la vida fue con ellos muy ingrata. Hubo mucha injusticia en los momentos mismos en los que debiera reinar la felicidad. Todo eso lo olvidaron. La paz de los otros dependía, depende, ha de depender eternamente, de ese olvido voluntario.

¿Por qué existe la muerte cuando hay amor? Podría hacerse tal interrogación un alma hondamente enamorada. Yolanda y Carlos se contestarían con dulce acento de recriminación. ¡No! Cuando hay amor, es la muerte la que no existe. A través del umbral invisible, pasan siempre vivas, siempre frescas, las guirnaldas del amor. Han de marchitarse solo cuando llegue, cargada de somnolencias el olvido. El triste olvido que sufre el hondo castigo de un poder, división entre la vida y la muerte. Entre el amor y el desamor. Agregaría con íntima convicción que el odio no se vence con el odio. Es preciso acodarse de los contrarios acerca de los cuales entre el. ¡El odio, pues, solo se vence con el amor!

Como se ve, la obra de Murillo insita al pensamiento. Despierta el sentimiento. Provoca la voluntad del bien. Es un libro interesante en todos sus aspectos.